



Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 3

Serenidad y prevención



D. Emiliano Pérez es miedoso de un modo horrible, incapaz de pelearse con un chiquillo de pañales; huye de los ratones como si fuesen dinosaurios.



Su esposa doña Crescencia y su criada Casilda, en cuanto a miedo, pueden competir dignamente con él



Una tarde, al llegar a su casa D. Emiliano, oye ruido en el piso superior y pregunta a Casilda si está arriba la señora



—No, está en la cocina — le contesta Subió sin embargo, D. Emiliano, y ¡hay que ver como se envalentonó al darse cuenta de que una puerta se cerraba sola



Tan miedoso era el pobre señor, que repentinamente se sintió enfermo y gritó a su señora y a Casilda que llamasen al médico, al cura y al notario. ¿Cuál sería su ánimo?



Llegó el de la fe pública el primero y le preguntó si iba a hacer testamento. —Aun no — le contestó — cuando me haya pasado el miedo



Vino luego el médico y tampoco pudo recetarle, porque no había manera posible de indagar qué enfermedad padecía. ¿Acaso sería el "delirium tremens?"



Palpablemente era así, pues de una habitación contigua salió hecho una furia un ladrón que allí estaba escondido y los echó a puñetazos, sin duda para no dar faena a la funeraria

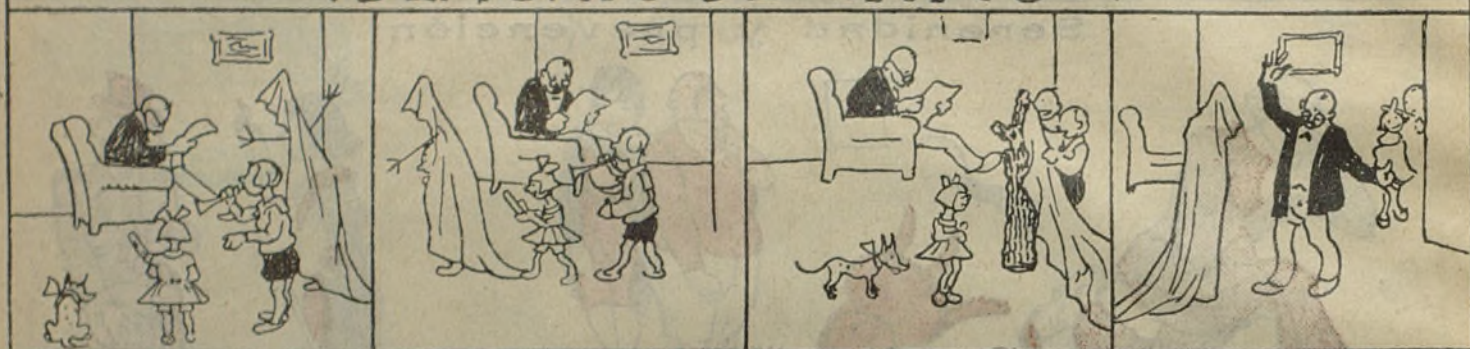


D. Emiliano de verdad era miedoso, pero nadie podrá afirmar que padezca alucinaciones. Desde aquel día, antes de acostarse D. Emiliano no seguido de Doña Crescencia y de Casilda armados todos con escobas, plumeros y una bujía, registran toda la casa para no tener que llamar otra vez al médico y al notario

◆◆ UN INSTRUMENTO PELIGROSO ◆◆



¡DEMONIO DE CHICOS!



D. Timoteo (corto de vista) está en su despacho haciendo estudios profundos sobre telepatía y sus dos sobrinitos ¡vaya sobrinitos tiene el tío! le están distrayendo intentando asustarle, poniéndose de rodillas, cubriéndose de una sábana y andando así dando gritos por toda la habitación. El pobre D. Timoteo les amenaza una y otra vez, diciéndoles que les va a dar de palos hasta el día del juicio final, pero después de un rato los sinvergüenzas ponen un tronco de árbol cubierto con la misma sábana en medio

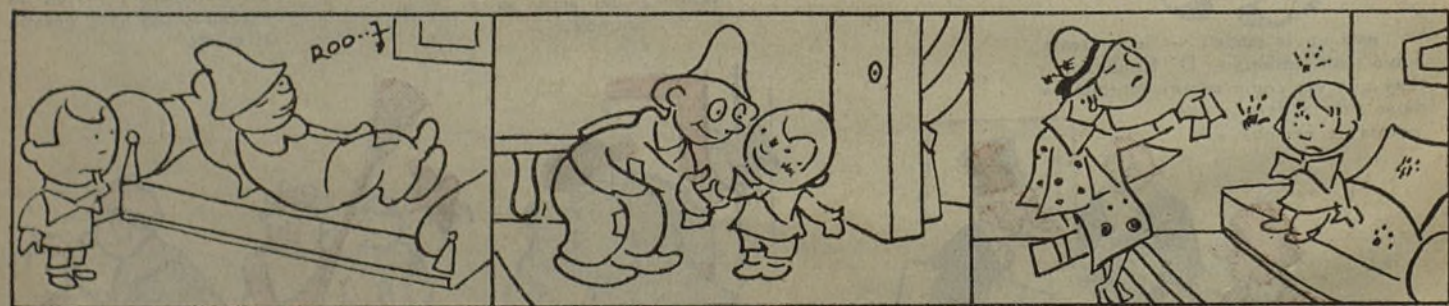
de la habitación y empiezan (detrás de la cortina de la puerta de la habitación) a armar la gran bronca. D. Timoteo, que está sumergido delante su libro, de espaldas a la puerta y por lo tanto no ha visto la maniobra, se levanta frenético e intenta zurrar a su sobrino, pero desiste al primer golpe, llevándose la mano dolorida a la boca, al mismo tiempo que lanzaba un berrido que bien pudiera ser de elefante. No pensaba el infeliz encontrar tanta dureza en el lugar apropiado para las zurras.

Un niño caritativo



Le dice la maestra a Pedrín: —Hay que ser buenos con los humildes, pues son nuestros semejantes. Así te harás digno y un día puedes ser correspondido. — Pedrín, al salir de colegio, ve en la calle y arrimado a la pared un pobre deshollinador,

y entonces se acuerda de lo que le había dicho la maestra. Movido, pues, a compasión el muchacho, invita a aquel hombre sucio y lastimoso a ir a su casa y le sirve café, pastas y hasta la hubiera regalado un puro de papá, a no ser que el



deshollinador le dijo a Pedrín que en vez de fumar prefería echar una siestecita. El muchacho accedió y después de vigilarle el sueño durante un buen par de horas le despierta muy cariñosamente. Y así cree haber cumplido al pie de la letra el

precepto bondadoso de la maestra; pero no le ocurre lo propio a su mamá, que le da un patatús cuando vé como le han puesto la casa.

LA MANCHA DE ACEITE



—¿Esta mancha?

—Es aceite

—¿Cómo ha sido?

—¡¡Así!!

Froilán

el Bandido Misterioso

(CONCLUSION)



al que parecía el jefe —, tráele cuanto antes.

Carlos desapareció por el camino y al poco rato apareció con cuatro hombres que conducían a Durand. Este era un hombre de mediana estatura, de rostro agradable, ojos pequeños y penetrantes, y que vestía elegantemente.

Al llegar donde estaba Froilán pasaron los tres y Carlos dijo a Durand:

—Creo, señor Durand, que no todo eran limosnas y obras de caridad lo que hacíais con vuestros semejantes, pues el señor de Pasy nos ha contado algo que dista mucho de lo que dijisteis.

Por única respuesta el Sr. Durand hizo una mueca de desprecio a quien acababa de dirigirle aquellas palabras, y queriendo indagar a qué punto le habían traído, su mirada se cruzó con la de Froilán, quien le habló de esta manera:

—Señor Durand, no ignoráis quién es el causante de la muerte de mis familiares y sé que no habríais dado por terminada vuestra criminal empresa hasta lograr mi desaparición y la de mi hermana Luisa, a la que sin duda vos mismo o alguno de los vuestros ya le disparó hace poco tiempo, pero sin graves consecuencias afortunadamente. Sé a qué obedece vuestro intento y el del marqués de Valverde y ya os habréis podido dar cuenta de que no he de permitir que lo llevéis a cabo. Durante algunos años me habéis tenido en una preocupación constante, pero al fin he podido averiguar quienes érais los malvados que os habíais conjurado para lograr nuestro exterminio. No os he dicho cuál va a ser mi venganza. Antes quiero que me digáis cómo vos y el marqués de Valverde os habíais confabulado con el Sr. de Pasy para vuestras fechorías, y además si queda algún otro que sea mi enemigo.

El Sr. Durand, antes de contestar, dió una mirada de aturdimiento al cuerpo inerte de de Pasy y sin duda, aquella visión influyó en su ánimo para decir la verdad.

—Pues bien, Sr. Conde; el único enemigo vuestro era de Pasy y según veo ya le habéis dado muerte. Sus cómplices, habéis dicho bien, éramos el marqués de Valverde y yo. No sabemos por qué motivo vos y vuestra familia le érais una obsesión, al extremo de que un día nos hizo llamar a su castillo, y nos habló de esta manera: "Vos, Sr. Durand, y vos, marqués, no ignoráis que desde hace demasiado tiempo me sois deudores de crecidas sumas y a pesar de vuestras promesas aún no me habéis entregado ni un céntimo. Os doy diez días para saldar vuestras deudas respectivas y si no cumplís acudiré a la justicia y de esta manera vuestra denhonra se hará pública y me resarciré con las pocas propiedades que aún os deben quedar." Ninguno de los dos pudimos aceptar el plazo que nos fijaba porque a causa de calamidades y pérdidas sufridas en el juego a ninguna nos quedaba ya casi nada, y entonces el Sr. de Pasy, añadió: "Si es tal como manifestáis ya os he dicho cual va a ser mi determinación. No obstante, desistiré de este empeño si vosotros juráis ayudarme en una empresa bastante arriesgada". Y seguidamente nos refirió de lo que se trataba: Dar muerte a los Bernay para obtener su fortuna. De esta única manera podría condonarnos las deudas que con él teníamos contraídas. Ante la amenaza del descrédito y la ruina, os confieso, Sr. Conde, que accedimos y un día y otro día fuimos llevando a efecto los malvados propósitos que tantas angustias os han proporcionado. Froilán que había estado escuchando atento aquella confesión interrogó:

—¿Y nadie más que vosotros tres habéis sido los asesinos de mi familia?

—Os juro que no y se conoce que bien lo sabíais vos cuando habéis destruido nuestros castillos por el fuego seguramente con el intento de que pereciésemos. Me arrepiento y os pido perdón—acabó diciendo el Sr. Durand, y se arrojó con lágrimas en los ojos.

Dos de los servidores de Froilán que durante aquel relato tuvieron que hacer esfuerzos para contenerse, al terminar el Sr. Durand, se dispusieron a agredirle con sendas espadas, pero su señor les detuvo diciendo:

No quiero que le hagáis víctima de vuestra ira. Confío en Dios y espero que sea él quien dé el castigo merecido. Pero antes decidme—dijo, dirigiéndose al Sr. Durand—: ¿Dónde para vuestro cómplice el marqués de Valverde?

—Eso si que no sabré decírselo conde; sin duda estará en su castillo o puede que sea fácil hallarle en el Pantano de los Robles que es donde nos reuníamos cada noche con el señor de Pasy.

Ordenó Froilán que salieran tres o cuatro hombres en su busca y que a ser posible le trajeran vivo a su presencia. Disponíanse a cumplir esta orden todos sus servidores, pero Froilán, señaló cuatro que partieron veloces montados en sus caballos. Inmediatamente Froilán dirigiéndose al señor Durand, le dijo en el mismo tono con que había hablado a de Pasy:

—No voy a castigaros por mi mano, pues fío en la justicia de Dios.

—Vosotros—añadió a sus hombres— ya lo sabéis; si dejase yo de existir os encargo a mi hermana. Ella os dirá lo que tenéis que hacer.

Y acto seguido sacó dos pistolas, que mostró al señor Durand, diciéndole:

—De las dos sólo una está cargada. podéis escoger vos el primero, y en desafío vamos a disparar a la señal de uno de mis servidores.

Aceptó el señor Durand con mano trémula aquella orden y, empuñando una de aquellas dos pistolas, se separó unos pasos. Dió la voz uno de los servidores y sonó un disparo y aquél que poco antes había confesado sus crímenes, caía muerto por el certero disparo de Froilán.

Pocas horas habían transcurrido, cuando a lo lejos del camino que allí conducía se divisaron aquellos cuatro hombres que habían salido en busca y captura del marqués de Valverde. Al verlos Froilán, inquietóse por lo que les hubiese podido ocurrir, puesto que tan pronto estaban de vuelta, pero al poco rato llegaron y bajando prestos de sus caballos se fueron a su señor.

—¿Cómo no me traéis al marqués? —les dijo, más sorprendido que indignado.

—Señor —respondió uno de ellos—; apenas hemos llegado al pueblo inquirimos muy discretamente por saber su paradero, y nos ha sido dicho y confirmado que anoche murió entre las llamas cuando ardía su castillo. Es cuanto podemos manifestarle, señor Conde, y que nos duele no haber podido traérselo para satisfacción suya.

—Os creo, porque siempre me habéis sido fieles. ¡Ya véis! La ambición y la perversidad han sido causa de mi desdicha durante algunos años, pero hoy me creo nuevamente feliz, habiéndome librado de nuestros malvados perseguidores, que llegaron a cometer crímenes, por la ambición del dinero. Vayamos ahora a recoger a mi hermana, donde ya sabéis que está resguardada y le contaré todo lo ocurrido.

Partieron, pues, de aquel lugar y fueron en busca de Luisa. La bondadosa doncella, al ver llegar a su hermano acompañado de sus jinetes, tuvo un sobresalto, creyendo que sin duda les amenazaba una nueva desventura, pero se tranquilizó su ánimo al percibir en el rostro de Froilán una expresión de alegría.

—No temas ya, hermana mía, pues nuestros enemigos han sucumbido, haciéndose ellos mismos justicia.

Abrazáronse conmovidos los dos hermanos, y de allí se dirigieron, acompañados de sus abnegados servidores, a su castillo, en el que la alegría y el sosiego desde hacía tanto tiempo habían desaparecido.



F I N

EL REY BARBUDO



Érase un rey que poseyendo unas barbas muy largas y espesas, sus vasallos habían dado en llamarle el Rey Barbudo. Se casó con la princesa Florinda, de cuya hermosura y soberbia cabellera llevaba fama en el reino, y de su matrimonio tuvo un hijo al que pusieron por nombre Querubín. Reunidas las Hadas el día del feliz natalicio, convinieron todas en conceder al recién nacido cuantos dones fueran precisos para que el príncipe viviera feliz y dichoso durante el tiempo que durara su existencia. La reina no sabía como expresar su contento, pues

había motivo para considerarse la mujer más afortunada de la tierra. Su marido la quería muchísimo, y ahora tenía un hijo, que además de ser bellísimo, constituía el orgullo y apoyo de su vejez. Pero como la felicidad en la tierra no dura mucho, un día en que la reina se hallaba sola en los jardines de su palacio, se le presentó el Hada Fea. La llamaban así porque su rostro era reflejo de la fealdad de su alma. Ella era la causante de muchas desgracias y la consideraban el terror del pueblo. Tocando con su varita la espalda de la reina, le dijo: —Es



necesario que sepas, reina presumida, que toda dicha tiene su fin; estás orgullosa de tu felicidad y quiero bajarte los humos. —¿Qué te he hecho yo para que así me hables? —dijo humildemente la bondadosa Florinda. —Tu nada, pero quiero vengarme en ti de la fealdad que poseo por culpa de la madre de tu marido, quien envidiosa de mi belleza quemó mis mejillas para que sólo ella pudiera brillar en el reino. —Pero yo soy buena, no me hagas daño alguno —decía suplicante la reina. El Hada Fea no quiso prestar oídos a sus lamentos y continuó:

—Cuando tu hijo Querubín tenga diez años le saldrán unas barbas tan grandes y espesas como las del rey, y no habrá nadie que pueda quitárselas. Y diciendo esto desapareció. La reina lloró amargamente y contó todo a su marido, quien no tuvo más remedio que resignarse y dejar correr el tiempo. Pasaron los diez años señalados por el Hada y un día la reina, que casi se había olvidado del fatal presagio, se vio sorprendida al entrar por la mañana en la habitación de su hijo y ver a éste con su carita infantil totalmente cubierta por largas y espesas bar-



bas. Tan grande fué el disgusto que sufrió un desmayo, a consecuencia del cual estuvo varios días enferma. ¡Pobre Querubín! Daba pena verlo, ¡tan lindo, tan chiquitín y con las sonrosadas mejillas cubiertas por aquellas barbas tan feas! El rey, desesperado, hizo reunir en su palacio a todos los peluqueros del contorno para que intentasen afeitar la cara de su hijo, pero todo fué en vano; las tijeras más famosas y acreditadas fracasaban y hubo que recurrir a las hechiceras de más renombre, quienes confesaron su inutilidad ante aquel caso extraño. Cumplió

el príncipe quince años y llegó el momento de presentarlo en la Corte sin que las famosas barbas hubieran desaparecido de su cara. Llegaría el día en que tendría que elegir a su prometida y todas las que aspiraran a ser su esposa huirían asustadas de aquella mata de pelo. Pero un día, a las diez de la mañana, hora en que el príncipe todavía dormía, un enanito de rojo vestido, se subió a su cama, y dándole en la frente con el grueso borlón de su gorro lo despertó.

(Continuará)



AVENTURAS DE UN NIÑO DESOBEDIENTE (CONCLUSIÓN)



Macabeo, después de algún descanso despertó, y memuda fué su sorpresa cuando se aperció que dos leones de ¡vaya tamaño! le estaban acechando, no con muy buenas inten-



ciones. No se entretuvo a peinarse y quitarse el polvo de la ropa, pues quién sabe lo que le hubiera ocurrido entonces, y más ligero que una ardilla subióse a un árbol que había allí cerca.



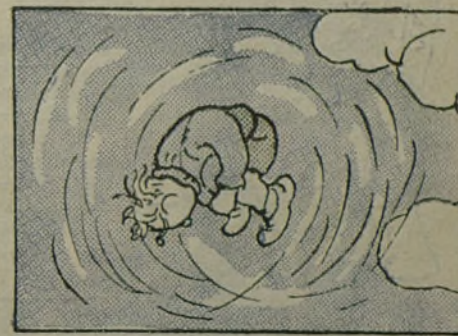
Con esta astucia dejó burlados a los dos leones, que pusieron cara de monos, pero, no obstante, creyeron los animales que allí no podía quedarse el muchacho y al fin portan comer-



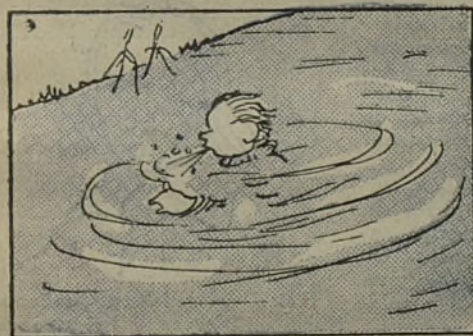
selo. Aunque más racional, Macabeo no pensó tampoco otra cosa, cuando divisó un ave de grandes alas dirigirse hacia él. Entonces su asombro trocóse en miedo. Pero aquella ave,



quien sabe si con el intento de librar a Macabeo de una muerte segura o bien para poderlo devorar ella, lo agarró por las ropas sin hacerle ningún daño y se lo llevó por las nubes,



seguramente hacia su nido. Esto sospechó el niño y cuando vió que estaban remontados sobre un río, dió un pellizco al águila, que se asustó y soltó entonces a Macabeo. Había calculado



tan bien el muchacho, que al desprenderse cayó en medio del río, y gracias que sabía nadar, sino tampoco era halagüeña su situación. Casi ya iba a ganar la orilla cuando vió que



flotaba por el agua un paraguas. Caramba, y era el de su mamá, que un día el viento se lo llevó. Salió del río Macabeo y después de aquellas emociones y angustias, se dispuso a



descansar abriendo el paraguas para resguardarse del aire. Lo cual fué inútil, pues al poco rato que estaba descansando desatóse un fuerte huzacán, que otra vez se lo llevó hacia las



nubes, pero no en dirección a la montaña, sino en recorrido directo hacia su casa, de donde había salido sin permiso, penetrando por el



balcón con la velocidad de un cohete. Percibió el ruido la mamá de Macabeo, la cual acudió presurosa, creyendo que ocurría alguna



desgracia, pero segozóse al ver a su hijo que contento y amable le dijo: —Ya lo ves, mamá, no me he movido.



El tejón va siendo tan perseguido desde hace varias generaciones, que marcha hacia su extinción.

¿Cuáles son los pensamientos más profundos?
Los de los poceros.



—Jefe, hemos cogido prisioneros dos blancos: uno de quince y otro de sesenta años, ¿cuál le guisamos?
—Mira, guisame el de quince, porque el doctor me recomendó que comiera "pollo".

En el Tranvía



Un caballero de enorme gordura sube a un tranvía y da un tremendo pisotón a un señor mal humorado:

—Yo pensaba—dice—que los tranvías servían para las personas y no para los elefantes.

—Señor mío—responde el aludido—el tranvía es como el arca de Noé; admite toda clase de animales, desde el elefante hasta el pollino.

Un caballero quiso burlarse de su criado, a quien creía simple.

—Ve a la plaza, le dijo, y tráeme dos reales de huevos y otros dos de ayes.

El criado salió de casa, reflexionó un momento y conoció que su amo se quería burlar de él.

Con esta idea compró los huevos y los puso en un saco;

EL QUE CRITICABA A LAS COQUETAS



HISTORIETA MUDA

salió después al campo, cogió un buen manojo de ortigas y las colocó encima de los huevos.

—¿Traes lo que te he dicho? le preguntó el caballero esperando refr a su satisfacción.

—Sí, señor, aquí lo tiene V. El caballero metió la mano en el saco, tropezó con las ortigas y exclamó:

—¡Ayl, jayl, jayl!
—Detrás de esos, dijo el criado con sorna, vienen los huevos.

CHISTE



ENTRE ANDALUCES

Haciendo ejercicios sobre el arte de mentir, decía un sevillano a otro, pasando por la plaza de San Fernando:

—Mira, Juanillo, dos hormigas se están peleando en lo alto de la Giralda.

—Currito, respondió el otro; no me alcanza la vista, pero oigo las trompás que se dan.

¿Qué es lo primero que hace un buey cuando sale el sol?
Sombra.

CODÉRNICO



Célebre astrónomo polaco nacido en Thorn. Demostró el doble movimiento de los planetas sobre sí mismos y alrededor del sol.

EL JASTRE HONRADO



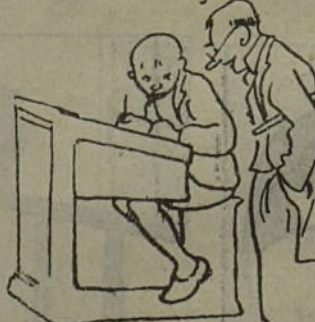
—¿Me asegura usted que no hay más que lana en este traje?
—No quiero engañarle; los botones son de pasta.

Curiosidades

En las grandes fábricas de acero, se levantan planchas macizas de hierro y acero que pesan cuatro, seis y hasta doce mil kilogramos por medio de imanes colgados en las cadenas de las grúas.

Los imanes levantan las planchas por simple contacto, sin necesidad de perder tiempo enganchando las cadenas. Un imán de 136 kg. de peso, puede levantar cerca de 5 toneladas.

El maestro y el niño



NO SABE RESTAR

El maestro.—Si usted tiene cinco naranjas y yo le pido dos ¿cuántas le quedarán?

El alumno.—Cinco.
—¿Cómo cinco! ¿No le pido yo dos?

—Sí, señor, pero yo no se las daré.

El ómnibus de un hotel estropeó varios árboles de una posesión de Budyard Kipling (gran escritor). Para enterarle del hecho escribió éste al dueño del hotel notificándoselo.

No recibiendo contestación, volvió a escribir Kipling. Viendo que tampoco tenía respuesta a esta carta, marchó a ver al hotelero.

—He vendido su primera carta—le dijo éste—en 25 francos, y la segunda en 50. Esperaba que continuase usted escribiéndome y de ese modo poder recuperar la indemnización que tengo que pagarle.

TORRICELLI



Físico y geómetra italiano. Nació en Faenza y fué uno de los discípulos de Galileo. Se le debe el magnífico experimento del tubo de Torricelli, es decir, el descubrimiento del barómetro y de los efectos de la presión atmosférica.

En igualdad de peso, el radio vale tres mil veces más que el oro.

LOS CABALITOS DE MAR



Estos curiosos peces deben su nombre a la analogía que existe entre su cabeza y cuello y las de los caballos.



¿Dónde está el guardabosques?

ración con otro alfiler, que se colocará en el lado opuesto al primero; estos dos alfileres formarán el eje del motor, que será luego colocado sobre dos vasos, como lo indica la figura que reproducimos.

Practicando un corte a la vela quemaréis a esta por ambas puntas y colocaréis dos platitos debajo de ellas, para que caiga allí la estearina. Cuando caiga la primera gota quedará roto el equilibrio en que se encuentra la vela, puesto que una de sus extremidades ha perdido ese peso. Al inclinarse más caerá probablemente toda la estearina líquida

que haya, pero entonces la otra punta de la vela empezará también a chorrear y se restablecerá el equilibrio, hasta que la operación se repita, y así sucesivamente, tomando el movimiento mayor velocidad.

Nada más entretenido que contemplar el movimiento de esta balanza loca, que sube y baja como un balancín sin que nada, ni nadie, la haya empujado, y que sólo se detiene cuando se ha consumido la vela.

Colocando en un alambrecito dos muñecos de papel, este experimento resultará más animado para los niños pequeños.



—Yo nunca tengo hora fija de comer.
—Yo sí; siempre como antes de cenar.

El peso medio de un caballo es de 454 kilogramos, y su fuerza equivale a la de cinco hombres, poco más o menos.

BUENOS AMIGOS



D. Toribio, vagabundo y hambriento, entró un día en casa de un antiguo conocido y el rostro le resplandeció de alegría al ver sobre la mesa un apetitoso pollo...

—Hola, amigo, ¿sabe que este pollo despide un olorcito muy agradable?... ¿Piensa usted comerlo solo?

Y el otro, que conocía muy bien a D. Toribio le contestó:

—No; pienso comerlo con patatas y una ensaladita.

El rinoceronte



El rinoceronte no ve a distancia. Sus ojos no están colocados cerca de las orejas sino en las proximidades del hocico.

Se le encuentra en Africa aunque en corto número y suele ser muy peligroso por sus salvajes acometidas y su velocidad en su carrera.

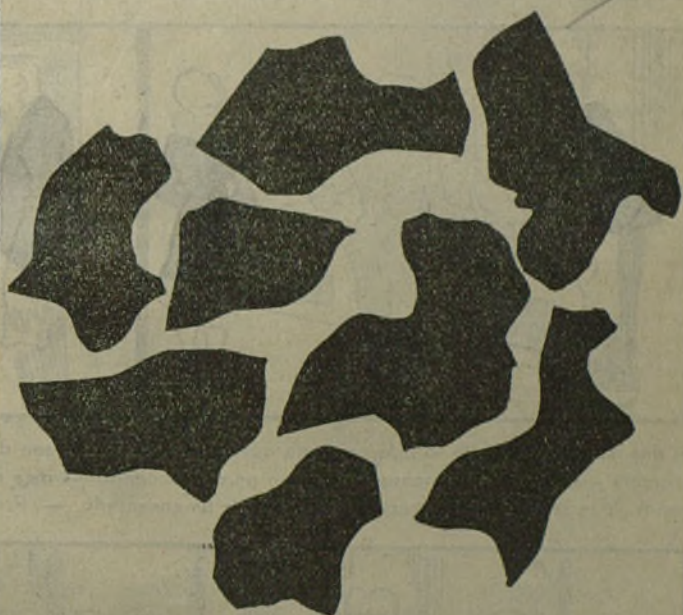
NUEVO MOTOR



He aquí un nuevo motor que no funciona con vapor, ni con electricidad, ni con aire comprimido. No necesita hornalla, cilindros, pistones, y consiste... en una simple vela.

Pinchad perpendicularmente a la mecha un alfiler que se habrá calentado anteriormente, teniendo cuidado de colocarlo en el centro de la vela. Repetid la ope-

Concurso núm. 1



Pocholo ha tomado un trozo de papel y lo ha recortado, describiendo el perímetro de una región de España. En un momento de descuido, su hermanito con unas tijeras se lo ha desmenuzado en pedacitos iguales a los de este grabado. ¿Cuál de vosotros sabrá juntarlos debidamente e indicarnos cuál es el nombre de la región?

Los pedacitos bien juntados y pegados en un papel con expresión del nombre de la región debéis mandarlos a esta Redacción antes del día 30 de Noviembre de 1931 acompañando el adjunto Boletín y sin olvidaros de escribir vuestro nombre y dirección. Vaya esta última advertencia para los niños que han incurrido en tal omisión.

Premios para este concurso. — Al anunciar este concurso en los núms. 1 y 2 de **POCHOLO** ofrecíamos a los niños una bonita pelota de futbol de reglamento y a las niñas una muñeca muy elegante; pero en vista de que dicho concurso ha despertado mayor interés del que esperábamos **POCHOLO** quiere ser más espléndido y ofrece, además de los indicados premios, ocho libros de cuentos con lujosa encuadernación y magníficas tricromías y dibujos, para que de esta manera pueda ser mayor el número de favorecidos.

Las condiciones generales del concurso las hallaréis en el primer número de **POCHOLO**.

De las 16.300 islas que existen en el Océano Indico, no hay más que 370 habitadas.

El camello y el orangután son los únicos mamíferos que no saben nadar.

BOLETÍN

que deberá acompañar a cada solución que se nos remita para el *Concurso n.º 1* de **POCHOLO**



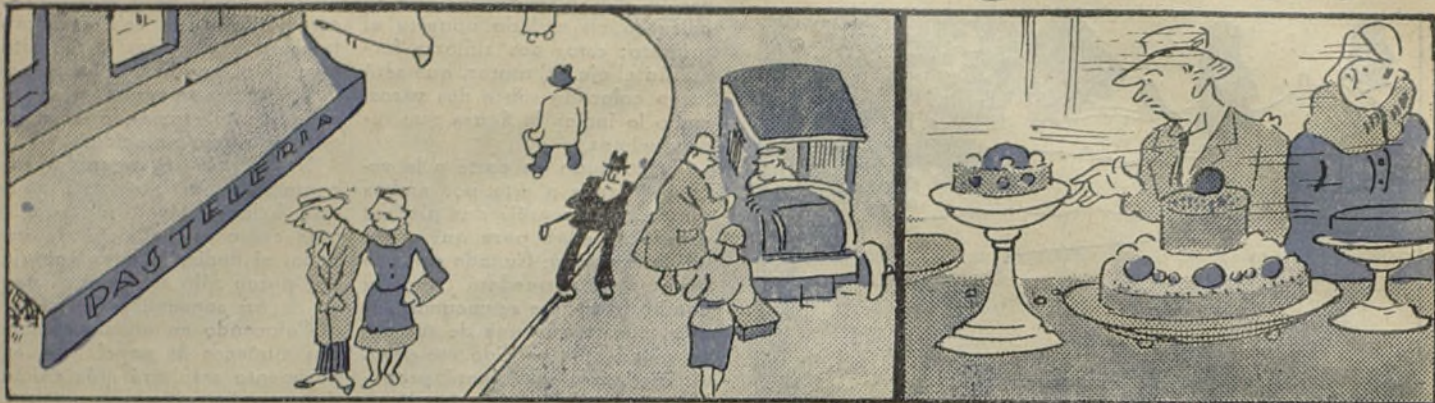
—Hoy el señor tiene langosta a la americana.

—¡¡Me lo daba el corazón!!



La nutria es el carnívoro de mayor talla que vive en Inglaterra.

El pastel de D. Tiburcio



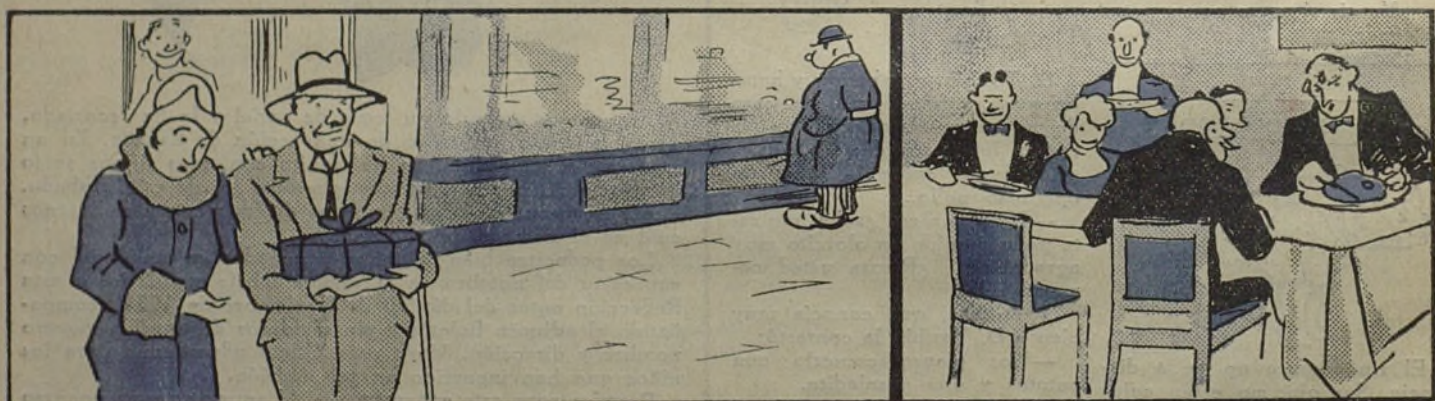
D. Tiburcio y su esposa, que son unos ricos comerciantes, tienen invitados unos parientes a comer y por la mañana se dirigen a la confitería en busca de un pastel que por lo raro, aunque sea cos-

tosito, pueda dejar asombrados a sus invitados. Antes de entrar, se detienen en el escaparate y D. Tiburcio se enamora de uno que le parece ha de ser exquisito. Entran, pregunta D. Tiburcio: —A ver



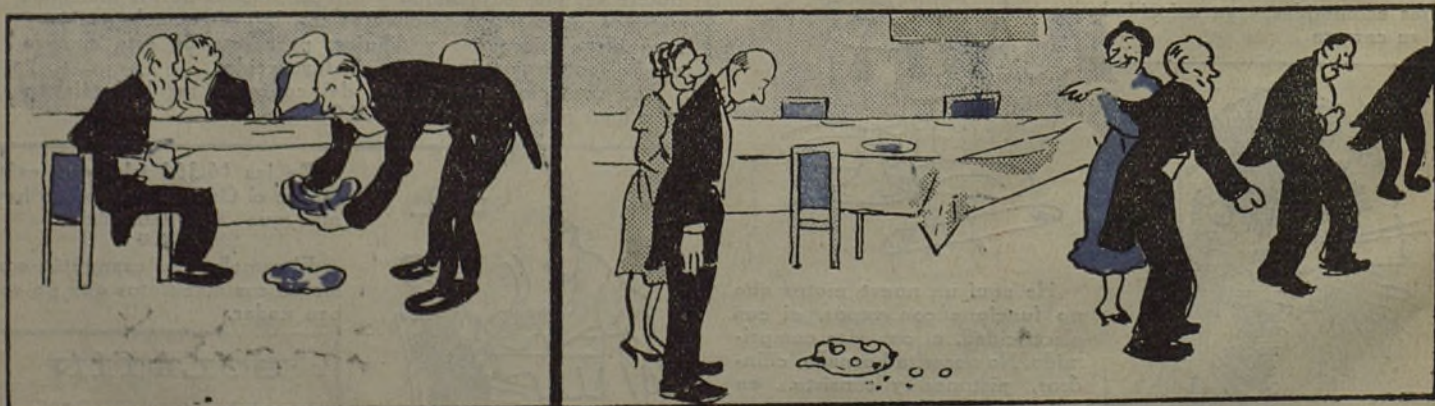
si nos dan un pastel de lo más escogido que tengan —Todos son de primera — exclama el dueño. —Pero yo quiero escogerlo — dice el señor. Y le señala el del escaparate que más le ha encantado. —¿Pre-

cisamente aquel, señor...? Usted perdone, pero... —Quiero el que he dicho y nada más. —Permita el señor que le diga... —O me da aquel, o nos vamos. Y como tanto se empeña, se lo envuelven.



Y al salir dice a su mujer. —Hazte cuenta que nos llevamos lo mejorcito. En la mesa dice el señor a sus invitados que van a comer un pastel como nunca habrán probado en su vida. —Mirad si será

lo mejor, que el pastelero quería endosarme otro. Sirven por fin el pastel tan ponderado y al querer partirlo no lo consiguen de ninguna manera y examinándolo mejor, resulta ser nada menos que de



cartón pintado. Indignado D. Tiburcio se va a escape a la confitería. —¿V se ha burlado de mí? —Pero si no me ha dejado hablar: le iba yo a decir que estaba confeccionado para servir en el teatro. Que-

dándose corrido D. Tiburcio por ver que tenía el pastelero razón y comprando otro de bien sabroso, aprende para otra vez a escuchar los consejos y no precipitarse ni ser tan desconfiado